

LA SOMBRA DE CARMEN

MANUEL LOSADA

Platero
COOLBOOKS 

Título: La sombra de Carmen

Primera edición: marzo, 2026

© 2026, del texto Manuel Losada.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1283-2026

ISBN: 979-13-88290-97-8

*A la editorial Platero,
por volver a confiar en mí.*

*A Lara Encinas,
por su gran trabajo en la corrección y maquetación de este libro.*

*A Boiro,
por ser cuna de historias que resisten al tiempo...*

*Y a vosotros, lectores,
por atreveros a seguirlas incluso cuando se convierten en sombra.*



Esta obra es una ficción. Aunque se mencionan lugares reales; los acontecimientos, conflictos y tramas descritos son fruto de la imaginación del autor. Los personajes que aparecen en esta novela no representan a personas reales ni reproducen hechos reales y cualquier semejanza con situaciones o personas concretas es circunstancial o responde a la construcción literaria.



ÍNDICE

CAPÍTULO 1.....	11
CAPÍTULO 2.....	15
CAPÍTULO 3.....	19
CAPÍTULO 4.....	25
CAPÍTULO 5.....	31
CAPÍTULO 6.....	37
CAPÍTULO 7.....	43
CAPÍTULO 8.....	49
CAPÍTULO 9.....	55
CAPÍTULO 10.....	59
CAPÍTULO 11.....	65
CAPÍTULO 12.....	71
CAPÍTULO 13.....	75
CAPÍTULO 14.....	79
CAPÍTULO 15.....	85
CAPÍTULO 16.....	91
CAPÍTULO 17.....	97
CAPÍTULO 18.....	103
CAPÍTULO 19.....	109
CAPÍTULO 20.....	115
CAPÍTULO 21.....	121
CAPÍTULO 22.....	127
CAPÍTULO 23.....	133
CAPÍTULO 24.....	139
CAPÍTULO 25.....	145

CAPÍTULO 26.....	149
CAPÍTULO 27.....	155
CAPÍTULO 28.....	159
CAPÍTULO 29.....	163
CAPÍTULO 30.....	167
CAPÍTULO 31.....	171
CAPÍTULO 32.....	175
CAPÍTULO 33.....	179
CAPÍTULO 34.....	185
CAPÍTULO 35.....	189
CAPÍTULO 36.....	193
CAPÍTULO 37.....	197
CAPÍTULO 38.....	201
CAPÍTULO 39.....	205
CAPÍTULO 40.....	209
CAPÍTULO 41.....	215
CAPÍTULO 42.....	219
CAPÍTULO 43.....	223
CAPÍTULO 44.....	229
CAPÍTULO 45.....	233
CAPÍTULO 46.....	239
CAPÍTULO 47.....	243
CAPÍTULO 48.....	249
CAPÍTULO 49.....	253
CAPÍTULO 50.....	257
CAPÍTULO 51.....	261
CAPÍTULO 52.....	265
CAPÍTULO 53.....	271
CAPÍTULO 54.....	277
CAPÍTULO 55.....	281
CAPÍTULO 56.....	287
CAPÍTULO 57.....	293
CAPÍTULO 58.....	299
CAPÍTULO 59.....	305

CAPÍTULO 1

Su cuerpo, tendido entre la maleza, parecía más sombra que persona. Apenas un soplo de vida quedaba en ella, una llama vacilante a punto de extinguirse. El rostro, irreconocible, era una máscara de dolor: piel desgarrada, hematomas que ennegrecían la carne, una costra de sangre seca pegada a los labios partidos. La brutalidad había sido total. Una violación grupal. Una paliza salvaje. Los tres chicos de Vigo le habían arrebatado todo: el cuerpo, la dignidad y la voz. Una piedra lanzada con odio le destrozó la cara. Su belleza se había convertido en una mueca monstruosa. Aun así, en aquel rostro deshecho sobrevivía algo humano: el dolor, el miedo y el ruego. De su boca entreabierta, entre espasmos de aire, emergía un hilo de voz:

—Mamá... papá... que alguien me ayude... por favor...

La noche envolvía el descampado con una niebla tan espesa que el aliento se volvía visible. Detrás del campo de fútbol, donde nunca pasaba nadie, la oscuridad devoraba incluso los sonidos. Solo el silbido del viento entre la hierba y el murmullo lejano del mar acompañaban aquel lamento perdido en la inmensidad. El silencio pesaba como un sudario, insinuando presencias invisibles entre las sombras. Entonces la joven abrió los ojos. No con miedo, sino con una conciencia extraña y perturbadora, como si su alma hubiera regresado a un lugar que ya no le pertenecía. Las pupilas, antes nubladas por el tormento, reflejaban ahora una luz fría y distante.

Giró la cabeza. Lo vio. De pie e inmóvil, sin comprender cómo había llegado hasta aquel lugar olvidado, el inspector Francisco Alcalde sentía las piernas clavadas al suelo, incapaz de moverse, mientras la visión de la muchacha destrozada lo envenenaba por dentro. Ella extendió una mano temblorosa hacia él. Cada gesto era un esfuerzo que la desgarraba. Los dedos ensangrentados buscaron contacto, un último asidero antes del abismo.

—Ayúdame... —susurró.

La voz sonó como un eco que emergía de la tierra, una súplica imposible. La niebla pareció vibrar con aquella palabra y el alma del inspector se estremeció. Dio un paso. Uno solo. Iba a tomar su mano. Quería salvarla, lo sabía, lo sentía en los huesos. Pero entonces, cambió. No fue una transformación lenta, sino un espasmo brutal. El cuerpo se arqueó con un crujido inhumano, los huesos retorciéndose como ramas secas. Los ojos se volvieron negros, dos pozos sin fondo que devoraban la razón. La mandíbula se desenchajó con un sonido que rasgó el silencio. La boca se abrió de forma imposible, dejando ver una hilera de dientes que parecían crecer y afilarse. De la garganta brotó un chillido seco, antinatural, que cortó la oscuridad como una cuchilla. No era un grito humano. Era el rugido de algo que no debía existir.

Saltó. No caminó, no se arrastró: se abalanzó hacia él con una velocidad imposible, como si la gravedad no la alcanzara. El aire se heló. El corazón del inspector se detuvo. Gritó... y despertó. El reloj digital marcaba las 3:47 de la madrugada. El eco del grito aún vibraba entre las paredes.

El aire del dormitorio era espeso y frío, como si algo del sueño permaneciera allí. Sabía que no volvería a dormir. Se incorporó despacio, con los músculos tensos, como quien acaba de librar una batalla real. Caminó hasta el baño. El fluorescente se encendió con un zumbido, revelando su reflejo en el espejo: ojeras profundas, piel pálida, mirada vacía.

Apoyó las manos en el lavabo y respiró hondo. El agua fría le devolvió un poco de control, pero no alivió la punzada en el pecho.

—¿De verdad hiciste todo lo que estaba en tu mano?
—murmuró.

La voz sonó ronca, quebrada. La culpa era una sombra adherida a su piel, un parásito que lo acompañaba desde aquella noche. Había seguido cada pista, interrogado a todos los sospechosos, exigido justicia. Pero nada había sido suficiente. Nada lo sería jamás.

Regresó al dormitorio. Abrió el cajón de la mesita y sacó una flor artificial de tela blanca. La sostuvo entre los dedos con ternura, acariciando los pétalos como si fueran piel viva. Eran las mismas flores que se habían entregado a los amigos de la fallecida el día del entierro: símbolo de duelo y culpa. La observó largo rato. La giró entre los dedos, buscando respuestas en su textura. Algo se le había escapado. Parecía que algo encajaba. La sensación de justicia incompleta lo mordía por dentro. Se dejó caer sobre la cama. La flor descansó en su mano abierta. Cerró los ojos, pero la imagen de la joven seguía allí: la del sueño y la del recuerdo, fundidas. Entonces volvió a sentirlo. Aquel toque helado en el brazo, como una mano que emergía del más allá. La misma sensación que lo había paralizado en el cementerio, junto a su tumba. Un escalofrío lo recorrió entero. Era como si ella aún intentara decirle algo: un mensaje que no comprendía, una súplica que seguía viva, esperando ser escuchada.



CAPÍTULO 2

A pesar del paso del tiempo, una quietud falsa se aferraba a las calles como el hielo a un lago que oculta corrientes traicioneras. Bastaba una mirada atenta, una pausa entre los sonidos cotidianos, para percibir la tensión que latía bajo la superficie: una sombra viscosa que se negaba a disiparse. Las fachadas, antes alegres, parecían contener el aliento. Los balcones, cargados de flores marchitas, miraban al vacío con la resignación de quien ha visto demasiado. En el parque, las risas infantiles eran ya un recuerdo; solo el chirrido oxidado de los columpios rompía el silencio, empujados por un viento que jugaba con fantasmas. Incluso el mercado, antaño bullicioso, había cambiado su sonido. Donde antes reinaban los pregones y las bromas, ahora solo quedaban cuchicheos y miradas esquivas. El crimen de la muchacha no había arrebatado solo una vida: había despojado a todo el municipio de su inocencia.

En las noches sin luna, las luces del puerto de Escarabote y Cabo de Cruz temblaban más de lo habitual, como si el agua no reflejara estrellas, sino los ojos de los que ya no estaban. Nadie lo decía en voz alta, pero todos lo sentían: la cartera que evitaba pasar junto al campo de fútbol, los pescadores que al amanecer se santiguaban sin saber por qué. La comunidad respiraba con la angustia contenida de un cuerpo herido que teme volver a sangrar. Él también lo sentía.

Conducía por las calles estrechas, los limpiaparabrisas arrastrando la llovizna persistente sobre el cristal. El mar, extendido al fondo, parecía una lámina de plomo bajo el cielo gris. Antes lo calmaba su inmensidad; ahora solo le devolvía su propio reflejo: un hombre vacío, atrapado en un bucle de recuerdos y sombras. Aquel espejo líquido le mostraba la verdad que intentaba evitar: su fracaso.

Detuvo el coche frente a la jefatura local —un bajo adherido al edificio consistorial—, su prisión particular. Sabía que dentro no lo esperaba nada nuevo. Sin embargo, cada día cruzaba esa puerta con la obstinación del que busca penitencia. Revisar los expedientes era su castigo y su único refugio. Una rutina que lo mantenía con vida y al mismo tiempo lo consumía.

El aire del despacho olía a café recalentado, a papeles húmedos y a cansancio. Cada vez que entraba, el zumbido de los fluorescentes lo recibía como un recordatorio de que el infierno también podía tener techo de oficina. En su tablón seguía clavada la foto de la joven: una ampliación del carné de identidad. Los colores se habían vuelto pálidos, pero su sonrisa aún conservaba un destello de luz. Desvió la mirada. No soportaba verla así, tan viva, tan lejos del horror que conocía. Se dejó caer en la silla. El respaldo crujió como un gemido antiguo. Abrió la carpeta con su nombre. Las páginas, tan manoseadas, tenían los bordes deshechos, casi polvo. Cada documento era una herida abierta: testimonios, informes forenses, fotografías. No las leía; las sentía.

Cerró los ojos. Entonces, un olor dulce y terroso lo envolvió: tierra mojada y gardenias. Por un instante, el despacho desapareció. La humedad de los muros se transformó en calor de verano. El murmullo de la ría se convirtió en canto de cigarras. Estaba en otro tiempo. Frente a él, un campo bañado por la luz dorada del crepúsculo. Un cerezo centenario ofrecía su sombra y una pequeña pelota rodaba por la hierba. Allí estaba ella, con cinco años, riendo. El vestido

blanco ondeaba al viento como una bandera pequeña.

—¡Así no se hace! —gritó con voz clara y alegre—. ¡Tienes que ir a por ella con los pies, así!

Corrió tras el balón, cayó de bruces, se manchó de hierba, pero no lloró. Se levantó con la dignidad luminosa de los niños valientes y le mostró, triunfante, una flor blanca recién arrancada.

—Es para ti —dijo—. Mi mamá dice que dan suerte.

Sus ojos, del color del cielo de julio, brillaban con una inocencia que aún no conocía la sombra del mundo. Él sonrió, tomó la flor y, por un instante, juró escuchar el sonido del mar dentro de ella. La niña se alejó; una cascada de vida pura lo envolvió todo.

El olor de la gardenia se disipó. El despacho regresó: la pared gris, los archivadores, la taza vacía de café. La foto lo observaba desde el tablón. La risa de la inocencia se desvanecía como un eco. La pelota, el cerezo, la flor... todo se había perdido. Y con ellas, una parte de su alma. Pasó una mano por el rostro. El insomnio le había dejado ojeras profundas; la culpa se le notaba en los hombros encorvados. Sabía que aquella visión no era solo un recuerdo, sino algo más. En el fondo temía que ella —la verdadera o su fantasma— lo estuviera buscando desde algún lugar más allá del sueño.

Se levantó y caminó hasta la ventana. El pueblo se extendía frente a él, cubierto de esa calma que siempre precede a las tormentas. La plaza parecía dormida, pero bajo esa quietud se movían sismos traicioneros. Encendió un cigarro. El humo ascendió lento, formando espirales que se deshacían en el aire, como si intentaran componer un rostro. La ceniza cayó sobre un expediente abierto. En la primera página, el sello rojo: «Caso cerrado».

Dejó escapar una risa amarga. Nada estaba cerrado. No para él. No mientras aquella voz siguiera llamándolo desde las sombras del recuerdo. Se sentó en el borde del escritorio

y miró por última vez la fotografía. Durante un instante, creyó escuchar una risa infantil entre los murmullos del aire que entraba por la ventana entreabierta. Apenas un susurro, pero suficiente para hacerlo estremecer.

Esa noche, cuando apagó las luces de la jefatura y caminó hacia el coche, el pueblo estaba envuelto en una niebla baja y espesa. Las farolas parecían islas perdidas en un océano de humo. El sonido de sus pasos se apagaba al poco de nacer, como si el suelo mismo se lo tragara.

Pensó en lo que no había hecho, en lo que aún debía descubrir. El silencio era tan profundo que juraría escuchar el latido de su propio corazón. Entonces, algo se movió entre la niebla. Una figura... o quizá solo una sombra. Se detuvo. El viento trajo el olor inconfundible de orquídeas. Y por un segundo creyó oír su nombre, pronunciado con un hilo de voz. Solo una palabra. Pero bastó para entender que la historia aún no había terminado.

CAPÍTULO 3

El amanecer llegó gris, como si el cielo se negara a encenderse del todo. La lluvia de la noche aún goteaba de los cables eléctricos y de las ramas de los plátanos que bordeaban la avenida. Francisco Alcalde caminaba sin rumbo fijo, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y la mente en otra parte. Había pasado la noche en vela, dando vueltas en la cama, escuchando el tictac del reloj y los ladridos lejanos de los perros. No había tenido pesadillas, pero la sensación era la misma: una inquietud densa, algo que se le movía dentro, como si el fantasma lo hubiera llamado desde un rincón del sueño que aún no se disipaba. A esas horas el pueblo despertaba despacio: los primeros autobuses escolares, el tintinear de las persianas de los bares, una voz que saludaba desde una ventana.

Dobló por la calle del mercado cuando la vio. Una mujer mayor, envuelta en un impermeable mostaza y con un pañuelo anudado bajo la barbilla, avanzaba apoyada en un bastón torcido. Arrastraba una bolsa de red llena de piñas. Lo detuvo con una mezcla de respeto y urgencia.

—¡Don Francisco! ¡Espere un momento, por favor! —su voz temblaba más de prisa que de edad.

Él se giró, sorprendido.

—¿Sí?

—Usted es el policía... el de la chica, ¿verdad? —preguntó en voz baja, como si temiera ser escuchada.

Asintió con cautela. Ella echó una mirada a su alrededor. Nadie pasaba por allí; solo el viento movía las hojas caídas de los árboles que rodeaban la plaza.

—Soy Fina, de Escarabote —dijo, apretando el bastón entre los dedos nudosos—. No sé si me recuerda. Mi marido era marinero y mi hijo trabajó en el puerto con su cuñado.

—Ah, sí... —murmuró, sin reconocerla del todo. No tenía ningún cuñado en el puerto y juraría que jamás había visto a aquella señora.

—No quiero molestarlo, pero tengo que contarle una cosa —insistió, dando un paso adelante—. No sé a quién acudir y usted fue el único que se ocupó de esa pobre chica.

—¿De qué se trata?

Dudó un instante. Sus ojos, claros y húmedos, parecían debatirse entre el miedo y la necesidad de hablar.

—La vi —susurró.

—¿A quién?

—A la muchacha. A la de las noticias. A Carmiña.

Él parpadeó, desconcertado. Creyó no haber oído bien.

—¿Qué está diciendo?

—Que la vi, don Francisco. Ayer por la tarde. —Su voz temblaba, pero no había duda en ella—. Iba andando por el camino que va al cementerio, el que está frente al campo de fútbol. Descalza. Con la ropa rota... —se llevó la mano al pecho—. Era la misma que sacaron en la televisión cuando... ya me entiende.

El inspector se quedó inmóvil. Un silencio frío se extendió entre ambos.

—¿Ayer? —repitió, incrédulo—. ¿Está segura de lo que dice?

—Tan segura como que estoy viva hoy —respondió con un temblor de indignación—. Yo no miento. Iba a poner flores a mi padre, a mi madre y a mi hermana. El sol ya se estaba metiendo y la niebla venía del mar. Entonces la vi. Caminaba por el borde de la carretera, muy despacio, como

si no supiera adónde iba.

Apretó los labios. Su instinto profesional —ese que creía muerto— volvió a latir con fuerza.

—¿Podría describírmela con detalle?

—Era ella, no tengo duda. Tenía el pelo suelto, mojado, pegado al rostro. Y los pies... ay, Dios... estaban llenos de barro. Estaba muy sucia y tenía la piel blanca, como la de los difuntiños.

Se persignó antes de continuar.

—Le juro que pensé que era una visión del demonio. Pero cuando se dio cuenta de mi presencia, me miró directamente. No con rabia. Con tristeza. Como si quisiera decirme algo, pero no pudiera. Y luego... desapareció entre la niebla.

Él la observó en silencio. Su respiración era rápida; el corazón le golpeaba las costillas.

—¿Desapareció?

—Sí, señor. Salía del camino donde apareció y bajó carretera abajo. La seguí un poco, pero no la volví a ver. —Bajó la voz.

El investigador tragó saliva. Intentó aferrarse a la lógica: una confusión, una alucinación, una mala pasada de la mente. Pero algo dentro de él —una corriente vieja, latente— se agitó.

—¿Le habló de esto a alguien más?

—No. Si se lo cuento a los del pueblo, se reirán de mí. Dirán que estoy loca. Pero yo sé lo que vi.

—¿Podría acompañarme al lugar? —preguntó sin pensarlo.

Ella lo miró con sorpresa y alivio.

—Claro, si quiere. Pero primero venga conmigo al mercado municipal, que tengo que buscar una pescadilla a Pescados y Mariscos Paisana. No me gusta ir sola. Me pueden robar la cartera.

El aire olía a resina y humedad. Las ramas de los pinos

goteaban sobre sus cabezas y la tierra, blanda por la lluvia, se pegaba a las botas. Ella iba delante, moviendo el bastón con firmeza sorprendente.

—Fue por aquí —dijo, señalando un claro entre los árboles—. Yo venía de allí con la bolsa de flores. La vi justo salir de ahí, donde empieza la maleza.

Fran se agachó. La hierba estaba aplastada en un tramo estrecho, como si alguien hubiera pasado por allí recientemente.

—¿Ve? —dijo ella, tocándole el hombro con cautela—. Le juro que fue ahí mismo.

No respondió. Observaba el terreno con atención. Algo en el suelo le llamó la vista: un fragmento de tela, sucio, atrapado en una rama baja. Lo tomó entre los dedos. Era de algodón. Podría ser cualquier cosa. Pero el tacto lo perturbó.

El olor metálico le devolvió el recuerdo del descampado, de la mañana del hallazgo. Un escalofrío le recorrió la espalda.

El viento sopló desde el mar, trayendo un perfume leve, imposible: orquídeas. La anciana también lo notó.

—¿Siente eso? —preguntó, alarmada.

Él asintió. Durante unos segundos ninguno habló. El silencio del bosque era espeso, casi material. Por fin ella rompió el mutismo:

—Don Francisco, yo no soy de asustarme. He visto cosas a lo largo de mi vida que no se pueden contar. Pero esto... —se persignó—, esto no era de Dios.

Guardó la tela en el bolsillo interior del abrigo. La lógica le gritaba que aquello era una coincidencia, una broma cruel del azar. Pero la otra voz, la que dormía en su pecho desde hacía casi un año, se había despertado.

—Gracias, señora. No diga nada a nadie por ahora.

—¿Va a hacer algo? —preguntó ella.

Él miró la línea gris del horizonte, donde la ría se confundía con el cielo.

—Sí —dijo al fin—. Voy a volver al principio.

—Me parece muy bien. Pues ahora llévame a casa, que se me estropea el pescado —respondió, tomando rumbo hacia el coche.

Aquella tarde regresó a la jefatura con el abrigo empapado y los ojos ardiendo. Encendió la lámpara, extendió sobre la mesa el expediente y sacó la tela del bolsillo. La colocó sobre la carpeta, justo encima del sello rojo. Durante un instante, dudó. Luego, como un gesto ritual, arrancó el sello con una navaja y lo tiró a la basura.

—Bienvenida de nuevo, Carmen —murmuró.

Fuera, la lluvia volvió a caer con fuerza sobre Boiro. Pero en el interior del despacho, por primera vez en mucho tiempo, algo se movía. No era el viento. Era la historia que se negaba a morir.



CAPÍTULO 4

El viento del Atlántico había amainado, dejando un silencio húmedo que se pegaba a las paredes. En el despacho, el reloj marcaba las 7:30 cuando decidió levantar el teléfono. El sonido del auricular le pareció una campana lejana.

Buscó el número entre las notas dispersas sobre el escritorio: hojas arrugadas, tachaduras, nombres escritos con letra temblorosa. Al segundo tono, una voz firme, algo ronca, respondió desde el otro lado.

—Inspectora, ¿sí?

Diana Silva, también nacida en Boiro, ahora destinada a la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Vigo. Una mujer que había aprendido a hablar con la calma precisa de quien ha visto demasiado. Habían compartido pocos encuentros, pero él recordaba el brillo discreto de su inteligencia y la forma en que callaba más de lo que decía.

—Soy el inspector Alcalde, de la Policía Local de Boiro —su voz sonó más cansada de lo que pretendía—. Necesito información sobre los tres chavales de Vigo... los del caso del asesinato de una chica aquí en el municipio.

Hubo un silencio breve. Podía imaginarla al otro lado, mirando por la ventana de su oficina en la tercera planta, con las luces del puerto encendiéndose a lo lejos y la humedad pegándose al cristal.

—Lo sé, inspector —respondió al fin—. He seguido muy de cerca el caso. Sé cuánto le costó aceptar el cierre.

No contestó. Su silencio era una confesión.

—Están cumpliendo condena en A Lama —continuó ella—. Los informes que tengo son... complicados. Dos de ellos presentan síntomas de deterioro emocional. El otro, en cambio...

—¿El tercero? —interrumpió.

—Hay uno que parece no sentir nada. Ni remordimiento ni miedo. Es como si lo ocurrido fuera una historia ajena.

Dejó escapar el aire con detenimiento.

—Necesito saber cómo están a día de hoy. No por el procedimiento... es por otra cosa.

Ella vaciló. Había algo en aquella voz, una urgencia contenida que la descolocó. Recordó una escena borrosa: tenía ocho o nueve años, iba de la mano de su madre y un joven agente ayudaba a sacar una barca volcada del agua. Ella lo llamaba «Fran el bueno». Ese recuerdo la ablandó.

—Puedo pedir los informes actualizados, sí —dijo—. Pero, ¿por qué ahora, en su aniversario?

Él dudó.

—Porque alguien dice haber visto a la chica.

El silencio que siguió fue denso, como si el cable telefónico se hubiera llenado de niebla.

—¿Perdón? —susurró ella, incrédula.

—Una mujer de Escarabote. Asegura que la vio andando descalza por las proximidades del campo de fútbol.

—¿Y usted le cree?

—Que vio algo, sí. Que fuera ella... no lo sé. Pero encontré algo allí. —Se inclinó sobre la mesa, mirando el fragmento de tela que había guardado—. Una pieza de algodón blanco, sucio.

Ella exhaló lentamente.

—Fran... —usó su nombre por primera vez—. ¿Estás seguro de que no es una broma de críos?

—No. Pero también sé que la justicia cerró el caso antes de tiempo. Y que hay algo que no encaja.

Se oyó un clic de mechero al otro lado. La conocía bien: encendía un cigarro cuando necesitaba pensar.

—La investigación se dio por concluida con pruebas sólidas. ADN, confesiones parciales, reconstrucción. Todo apuntaba a ellos.

—Lo sé —dijo con calma—. Pero... ¿nunca te ha pasado que algo dentro de ti te dice que hay una pieza fuera de sitio?

Ella guardó silencio unos segundos. Cuando volvió a hablar, su tono fue más humano.

—A todos nos pasa. Pero, a veces, esa pieza es solo el dolor intentando buscar sentido.

—¿Y si no lo es? —replicó él, con gravedad—. ¿Y si de verdad un asesino está suelto?

El mutismo regresó. Luego, ella habló más despacio.

—En los informes de la prisión hay una nota reciente. Uno de los reclusos, Raúl, pidió hablar con un sacerdote. Dijo que tenía «algo que contar». Pero dos días después anuló la visita.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace como dos meses.

—¿Y nadie sabe qué quería confesar?

—Se consideró una maniobra. Están evaluando su salud mental.

—Quiero verlo —dijo él, con firmeza.

—¿A ese?

—A los tres.

Ella se reclinó en el asiento, pensativa. Podía ver la escena en su mente: el veterano inspector de Boiro, gastado y ojeroso, aferrado a un caso que el resto del mundo pretendía olvidar.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó, casi con ternura.

—La verdad. O al menos, lo que quede de ella.

Soltó el humo con un suspiro.

—La verdad rara vez es lo que salva.

—No busco salvación —respondió él—. Busco descanso. Hubo un largo silencio.

Solo se escuchaba el murmullo distante de los ventiladores de la comisaría y el golpeteo del viento contra las ventanas.

—Voy a serte sincera —dijo por fin—. Aquí no todos confiaron en ti, era un caso muy grande para un policía de pueblo. Algunos piensan que perdiste el juicio con este suceso. Que te obsesionaste y eso hizo que se te escaparan cosas. Este acontecimiento te venía enorme.

—Lo sé, pero tengo formación en criminología —respondió sin alterarse.

—Y si reabres la herida, te vas a encontrar con resistencia. No solo burocrática. También política.

—Eso nunca me detuvo antes.

—Esta vez puede costarte el puesto.

—Ya lo perdí hace mucho —dijo con serenidad—. Lo único que me queda es la palabra que le di a esa chica.

Había pasado un año esquivando la emoción, escondiéndose tras un procedimiento. Pero algo en la voz de aquel hombre, en su mezcla de cansancio y fe, le removió algo antiguo.

—Está bien —dijo al fin—. Voy a ayudarte.

—Gracias.

—No me las des todavía. Lo que pides no es sencillo. Tendré que mover contactos, pedir favores. Y si alguien pregunta, no puedo decir que esto viene de ti.

—No diré nada.

Se hizo una pausa. Él escuchó el roce de unos papeles, el leve clic de una tecla, una respiración profunda.

—A lo largo de esta semana podrías venir a Vigo —dijo ella—. Desde aquí iremos juntos a la prisión. Te conseguiré una autorización para entrar conmigo. Pero si vienes, ven con la mente fría.

—Ya no tengo otra.

—Lo dudo —respondió con una leve sonrisa que él imaginó sin verla—. Siempre fuiste el hombre con más talento de esa jefatura.

Sonrió apenas, una risa breve, casi olvidada. Cuando colgó, el despacho volvió a quedarse pensativo.

La oscuridad había caído del todo sobre Boiro y de nuevo la lluvia comenzaba a repiquetear en los cristales. Permaneció sentado, mirando el teléfono como si aún pudiera oír una voz. Encendió un cigarro y abrió el expediente otra vez. Las fotos seguían allí, implacables: el descampado, el cuerpo, la mirada robada. Pero ahora había algo distinto, una corriente que se movía bajo la superficie. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que no estaba solo. No del todo.

Se levantó, se acercó a la ventana y observó el reflejo del pueblo bajo la lluvia. En la lejanía, como un murmullo, le pareció oír una voz conocida:

—No todo terminó, Fran.

Iría a Vigo. Miraría a los asesinos de la joven a los ojos. Con suerte, también al pasado de frente.



CAPÍTULO 5

Los días en la cárcel tenían un ritmo cruel, marcado por los sonidos monótonos del hierro y el golpe seco de las puertas al cerrarse. En A Lama, el tiempo no pasaba: se espesaba, como si el aire mismo se hubiera rendido. Para los tres jóvenes de Vigo, la existencia se había convertido en una masa viscosa de horas vacías y noches interminables.

Las celdas eran cubículos de cemento y barrotes: fragmentos deshumanizados de una libertad que ya no recordaban. El aire, pesado y viciado, vibraba con la angustia no dicha de los reclusos, una sinfonía de arrepentimiento, evasión y fría indiferencia.

A veces, al caer la tarde, el sol se filtraba entre las rejas y teñía las paredes de un color sanguinolento. En esos minutos, permanecían inmóviles, cada uno en su litera, como animales que reconocen el olor del peligro. Nadie hablaba, pero todos sabían que, cuando el silencio se hacía absoluto, algo se movía en los pasillos. Un rumor. Un susurro. Un nombre.

Raúl vivía en un tormento que iba más allá de la culpa. Cada noche, cuando la oscuridad devoraba los corredores y los ronquidos se mezclaban con el chasquido metálico de las cerraduras, los sollozos escapaban de su catre. Se tapaba la boca con el puño, pero el temblor de la respiración delataba el miedo. La imagen de la joven —no la de los periódicos, sino la real, la de aquel instante antes del horror— lo

perseguía sin descanso. Solo que ahora esa imagen ya no era recuerdo: era presencia.

Al principio creyó que eran sueños: sombras fugaces al borde de la vista, destellos de niebla en la penumbra. Pero las visiones se volvieron vívidas, palpables. A veces comenzaban con un sonido: el silbido del viento entre la maleza del descampado, el crujido de una rama bajo un peso invisible, el murmullo del agua de la ría, como si alguien respirara dentro. Entonces la celda desaparecía. Él volvía allí: a la noche sin luna, al barro frío, al olor metálico de la sangre. La veía. No a la muchacha sonriente, sino a la otra: la que imploraba, la que caía. Ojos abiertos y sin luz, labios temblorosos, piel gris. Su voz llegaba como un gemido desde debajo de la tierra:

—No me hagáis daño... por favor... haré lo que queráis...

Se cubría los oídos, pero la súplica lo atravesaba. A veces, sentía una mano fría rozarle el cuello: un toque leve, tan real que gritaba sin sonido. Al amanecer, temblando, buscaba un papel y escribía con el trozo de lápiz escondido bajo el colchón: «Carmen... no hay infierno peor que este. Tu agonía es la mía. No merezco perdón. Pero si aún me oyes, déjame entender lo que hicimos. Solo eso». Después arrugaba la nota y la lanzaba al rincón. El suelo de la celda se llenó de esas súplicas. Algunas, disueltas por la humedad, parecían latir bajo la luz mortecina.

Una madrugada despertó sobresaltado. El rincón estaba vacío. Cada manuscrito había desaparecido. En el suelo, donde antes se amontonaban, había una sola orquídea blanca, fresca, con gotas de agua en los pétalos. No volvió a dormir esa noche.

Javier había convertido su mente en una máquina de conteo. Sus ojos, antes chispeantes, estaban ahora opacos, fijos en un punto invisible del muro.

—Uno... dos... tres... —susurraba, moviendo los

labios sin voz.

Contaba barrotes, baldosas, grietas. Si se equivocaba, empezaba de nuevo. Era su manera de no recordar, de mantenerse cuerdo dentro de un orden inventado. El conteo era su respiración. Sin él, los recuerdos lo devorarían. La memoria de la chica estaba al final del número 51. Por eso jamás pasaba del 50.

Un día, mientras repasaba los azulejos del suelo, escuchó un susurro tras el muro: una voz infantil, apenas audible.

—51...

Se congeló. La sangre le zumbó en los oídos.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Solo el eco distante del agua goteando en las cañerías. Intentó reírse. «Son ratas», se dijo. Pero la noche siguiente volvió a escucharlo.

—51... —la misma voz, más cerca.

Cuando se incorporó, vio sobre el cemento húmedo una línea de barro: la huella de un pie pequeño.

Marcos dormía con los brazos cruzados, la mirada fija en el techo. Su rostro no mostraba emoción alguna; la mente, menos aún. Para él, el juicio, la condena y el encierro eran un error administrativo. No recordaba el rostro de aquella chica. Quizá nunca lo miró de verdad. No creía en el remordimiento. Ni en Dios. Últimamente, sin embargo, había empezado a soñar sin lógica. En ellos, caminaba por un descampado cubierto de niebla. Sentía el barro pegado a los pies, pero no podía moverse. Al fondo, una figura femenina se recortaba en la bruma. Cuando despertaba, algo había cambiado en el calabozo: una gota de agua en el techo que no cesaba, un murmullo de viento sin ventana, el olor tenue pero persistente, a flores mojadas.

Una mañana, mientras afeitaba su cabeza con una cuchilla, vio algo reflejado en el espejo metálico: una sombra detrás de él. Alta, inmóvil. Con los brazos extendidos. Se giró de golpe. No había nadie. Solo una orquídea blanca,